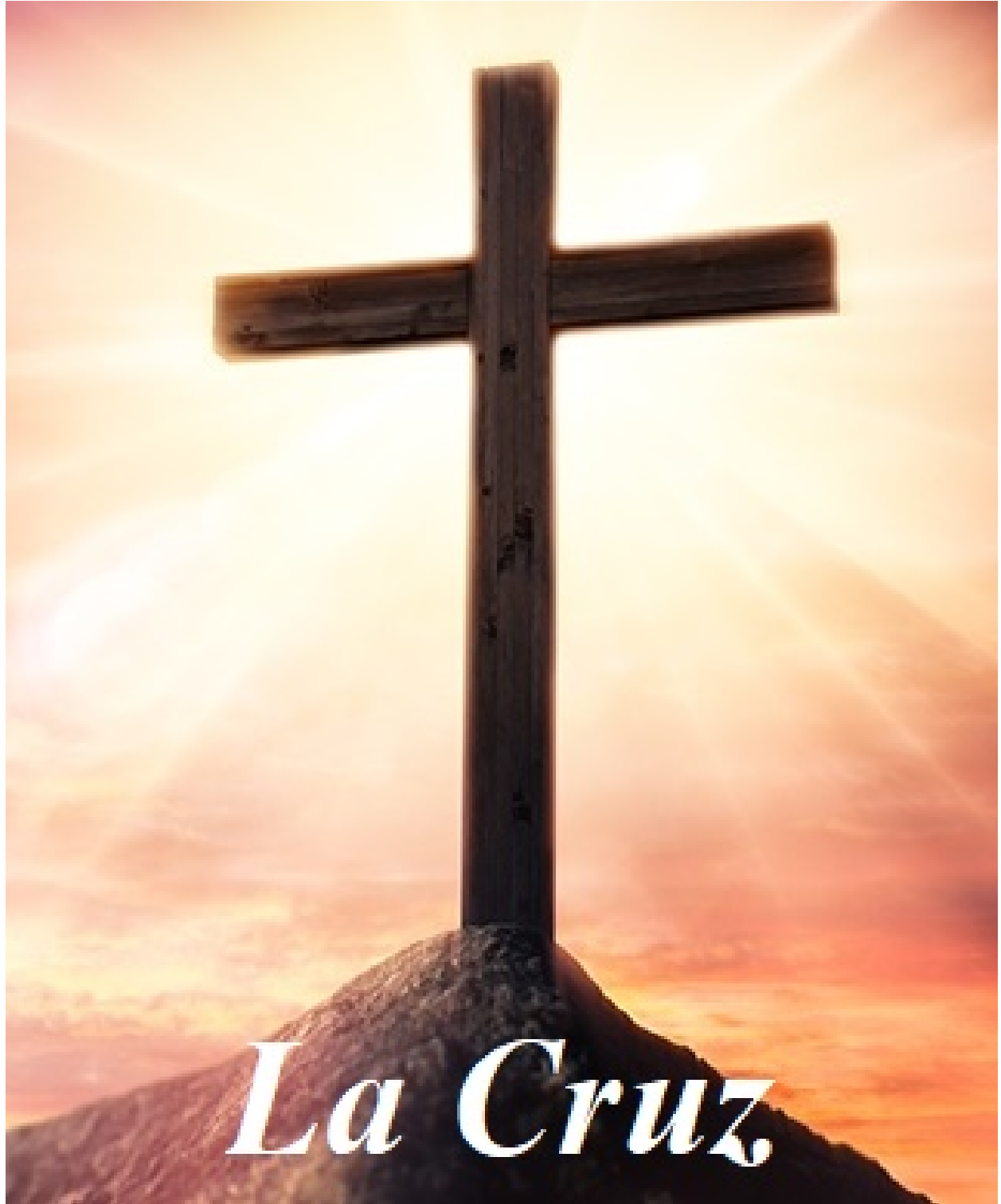


La Cruz

Leonardo Farias



Capítulo 1

La Cruz

Todos los hombres cargan con una cruz desde el momento en que nacen. Una cruz que se lleva de por vida. Hay quienes les pesa un poco más, hay otros a los que les pesa un poco menos. Pero nadie escapa a ella, Y así transitan los hombres por el mundo, así lo hicieron siempre desde que Dios les dio la razón como instrumento diferencial de cualquier otro animal. Así transitan sin poder ver ni sentir las cruces de los otros, sólo llevando en los hombros la propia.

Se cuenta que un día un hombre nació en una ciudad, una ciudad como puede ser Buenos Aires (tal vez en ella, tal vez no) o cualquier otra. Aquel día, los médicos que lo vieron nacer, dicen haber tenido mucha paz por el resto de sus días. No fue hace mucho tiempo, sólo algunas décadas atrás. Aquel Hombre nació con una cruz única, con la cruz de poder ver, sentir y aliviar la cruz de cualquier otro hombre de este mundo.

Fue criado por su madre, quien conoció siempre el secreto de su cruz, cruz que de niño le pesó demasiado y que sin el apoyo de ella no hubiese llegado a la adolescencia.

Momento, este último, en que después de ver tanta miseria durante tanto tiempo como ningún otro hombre la haya visto jamás en la Tierra, logró aprender a aliviar el peso de las cruces de todos los hombres. Cualquiera fuese su secreto. Aunque para él, dicen, los secretos de las cruces, por más diversos que parecieran, podían contarse con los dedos de ambas manos. Los alivios eran casi completos, parecía que apenas con unas pocas palabras del Hombre, la cruz de otro que la padecía, se esfumaba. Pero él bien decía que esa cruz siempre ha de estar, aunque no se note y aunque dependa de cada hombre poder llevarla con liviandad. Decía que había que cuidarla. Que había que respetarla. Que había que aprender a no olvidarla.

La primera persona a la que alivió de su cruz fue un anciano ciego. Caminaba junto a su madre por una calle muy transitada y al pasar por una iglesia se detuvo. En las escaleras de aquel templo, un viejo linyera, tan encorvado como pesada era la cruz que tenía sobre él, pedía monedas. El Hombre se detuvo, se acercó, apoyó su mano izquierda sobre la cruz del anciano y murmuró unas palabras. A los pocos segundos el viejo linyera estaba viendo a su alrededor con una claridad prodigiosa. El anciano siguió al hombre hasta la puerta de su casa, dos o tres cuadras más, agradeciéndole una y otra vez.

A partir de aquel día el Hombre no dejó de aliviar a miles y miles de otros

hombres.

Después del anciano siguió un señor paralítico, luego un adolescente autista, más tarde un joven adicto a la cocaína y otras drogas, así, hasta llegar el día en que cientos de personas lo visitaban para aliviar el peso de sus cruces. Personas de otras ciudades, de otros países, de todo el mundo viajaban para pedirle ayuda.

Así pasaron las semanas, los meses, los años. El Hombre dedicaba sus días a aliviar, desde la mañana muy temprano hasta altas horas de la noche. Su madre lo asistía en todo lo que él necesitaba: organizaba a los peregrinos (recién llegados o caminantes o viajeros), atendía los llamados, tanto de los peregrinos como de los medios de comunicación, que se ocupaban de difundir los supuestos milagros con gran énfasis. Milagros que no eran tales y que el Hombre suplicaba no que se denomine así a los alivios que él impartía. De nada servía, pues las cadenas de radio y televisión lograban mayor recepción titulando al fenómeno como milagro. Así, el Hombre alivió a los hombres de todo el mundo que lo visitaron. Por aquellos años el mundo era más feliz, tal vez, más feliz que nunca antes en la historia de la humanidad. Así se sucedieron los aparentes milagros, hasta que un día, aquel viejo, la primera persona que había sido beneficiada por un alivio del Hombre, regreso más ciego que nunca.

–¿Por qué no puedo ver nada? –preguntó el anciano al hombre.

–Te dije que no debías descuidar tu cruz, que si la llegabas a olvidar, un día su peso sería implacable. Te dije que debías darle los cuidados necesarios –respondió el Hombre.

–Vos sos un mentiroso, un estafador y vas a pagar por todo esto –dijo el anciano.

El Hombre, asombrado por la reacción del viejo, no emitió palabra, dio media vuelta y se fue a seguir aliviando la cruz de otros hombres.

Algunos días después fueron llegando el paralítico, en su silla de ruedas, la mamá con el hijo autista, los familiares del adolescente adicto a la cocaína que había muerto por una sobredosis y muchas personas con la intención de lincharlo por estafador, por brujo, por mentiroso.

El Hombre tuvo que irse lejos de su casa. La Justicia se había plagado de denuncias de todo tipo contra él. Decenas de jueces libraban oficios para su captura. La policía lo buscaba por todo el país. El Hombre, triste, en casa de un tío, decidió con su madre entregarse y explicar todo ante los jueces. El día que lo hizo los medios cubrían las declaraciones que él daba, pero nadie le creyó, salvo algunas pocas personas que acudieron en su apoyo. Antes de recibir un juicio justo, el Hombre había sido sentenciado

por la sociedad y a la salida de los tribunales, después de varios días de prestar declaraciones, mientras lo trasladaban a la cárcel, alguien acabó con su vida dándole un disparo en la cabeza. Entonces el cielo oscureció. El mundo enmudeció. Y mucha gente lo lloró. Y, poco a poco, la tristeza creció.

Pero hoy, después de unos años, algunos hombres y mujeres a los que él alivio le enseñan a miles de persona cómo poder sobrellevar mejor su cruz, cómo vivir un poco mejor y hasta, en algunos casos, cómo poder practicar la felicidad con la mismísima Cruz.